

El tercer Congreso Tomístico internacional

(11 a 17 de septiembre.)

Desde el 11 al 17 de septiembre del Año Santo 1950 se ha celebrado en Roma el tercer Congreso Tomístico internacional, promovido y dirigido por la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino. Las sesiones se tuvieron, con asistencia en ocasiones muy numerosa, en el gran salón de la Cancillería Apostólica.

Seis fueron los temas propuestos, cuya importancia no es necesario subrayar. La demostración de la existencia de Dios; la parte de la razón natural en el acto de fe; la capacidad de la razón humana en la inquisición del fin del hombre; la relación entre religión e historia; la filosofía moderna y la fe cristiana; la filosofía y los hechos de la vida mística. Como se ve, son temas propia y preferentemente filosóficos, pero íntimamente relacionados con la Teología, y todos ellos tienen un carácter de acuciante actualidad, por su conexión con las tendencias del pensamiento filosófico-religioso, que ha venido a encauzar contra peligrosas desviaciones la reciente Encíclica *Humani Generis*, cuya trascendencia puso de relieve el Emmo. Cardenal Pizzardo en el discurso inaugural, y el mismo Vicario de Cristo en la audiencia concedida a los congresistas el 17 de septiembre, puesto que la publicó, según dijo Su Santidad, "para guardar íntegro, lleso e indemne, el depósito de la fe".

Seis profesores, designados por la dirección, estaban encargados de la relación o ponencia sobre cada uno de los temas. Estas ponencias fueron concebidas como exposición objetiva general del tema propuesto, sin que faltasen, como es natural, particulares puntos de vista del ponente, no a base de las comunicaciones presentadas.

No fallaron éstas por cierto y en número muy considerable, sobre todo al primer tema; tanto, que se notó en todo el desarrollo del Congreso la brevedad del tiempo establecido para proponer y discutir tanto material. Si bien no se habían señalado secciones diversas que funcionasen simultáneamente, no hubo más remedio que desdoblarse varios días por la tarde la labor del Congreso, utilizando otro salón, el llamado "dei cento giorni", del propio palacio, para proseguir la lectura de las comunicaciones sobre el primer tema, y para la discusión, que hubo de ser muy parcial y limitada, y a horas diversas de las señaladas para la presentación de las comunicaciones, o mejor, del resumen de ellas, que no debía pasar de veinte minutos.

Nombres muy ilustres de todas las naciones en el campo de la filosofía y teología católica aparecen en el programa. Muy digna la parte que han tenido en este Congreso pensadores españoles, así del clero como del profesorado sealar. Al publicarse las Actas del Congreso podrá apreciarse el valor de sus trabajos, no inferior a los extranjeros, ni en el aspecto especulativo, ni en el conocimiento de las tendencias filosóficas modernas.

Puntos preferentemente tratados fueron el sentido de las cinco vías propuestas por Sto. Tomás en la *Suma*, para la demostración de la existencia de Dios, y el tema del existencialismo en sus diversos aspectos, en particular la posibilidad de su acoplamiento con la verdad religiosa, aspecto delicado después de la Encíclica; ni faltaron sustanciosas críticas del idealismo aun subsistente en ciertos sectores. El estudio del juicio de credibilidad como previo al acto de fe, cuya necesidad subjetiva se puso de manifiesto en la comunicación sobre la doctrina del Concilio

Vaticano, se entremezcló algo, así en la exposición como en la discusión con ciertas referencias al problema teológico del análisis de la fe divina sobrenatural. Claras y precisas las ponencias sobre el fin sobrenatural y la historia como filosofía y teología, presentaron una buena orientación en estos temas, tan debatidos en estos días.

El importantísimo discurso de S. S. a los congresistas debe ser llamado sin bisonja el fruto más preciado del Congreso. En él puso de relieve el Papa el valor del método empleado por Santo Tomás en la elaboración de la filosofía perenne, que por lo mismo es cristiana: el amor y reverencia a la verdad, la penetración intelectual, la apta disposición de las partes, la firmeza en la argumentación, la lúcida propiedad de la dición, la admirable alacridad con que "introduce en el templo de los misterios divinos a la inteligencia del hombre, dudosa y suspensa por su mismo fulgor, y resolviendo las cuestiones con el arte de la argumentación, hace que resplandezca y aparezca la conveniencia de lo divino y lo humano". Por esto exhorta el Papa al profesorado católico a que exponga las cuestiones tratadas en la Encíclica con el mismo espíritu del Doctor Angélico, con sumo conato de la inteligencia y con religiosa piedad. Sigam su método, con la definición del contenido de las sentencias "sin inútil afluencia de palabras, sino con dición sobria y sólida, con aquella perspicua claridad en la que sobresalieron él y los doctores escolásticos de la edad de oro". La trascendencia de estas recomendaciones del Santo Padre no se ocultará a quien conozca las tendencias, por desgracia tan diversas, de la literatura filosófica y teológica actual en muchos sectores. Si no se hubiera relegado la melódica escolástica, difícil hubiera sido llegar a las desviaciones que el Papa ha debido lamentar.

José M.^a DALMAU, S. J.

VI Congreso Mariano Nacional francés

(Rennes, 4 a 9 julio 1950.)

La nación francesa, que desde los tiempos de su monarca Luis XIII escogió a la Asunción de la Virgen María por patrona, en 1638, y recabó de Pío XI la declaración pontificia en 1922, quiso prepararse dignamente el verano pasado a la próxima proclamación de este dogma. Desde 1927 comenzó la celebración de sus Congresos Marianos Nacionales, primero en Chartres (1927) y luego cada cuatro años en diversas poblaciones: Lourdes (1930), Liesse (1934), Boulogne (1938) y Grenoble-La Salette (1946). Ahora le tocó a Rennes, capital de la Bretaña, la celebración del VI Congreso Mariano Nacional, en 1950, y ya se anuncian los futuros de Lyon (1954) y Lourdes (1958).

Solemnísimo fué este Congreso, realizado con la asistencia de dos Cardenales: Roques, de Rennes, y Liénart, de Lille; del Nuncio Apostólico, Monseñor Roncalli; tres Arzobispos; y trece Obispos. La Presidencia efectiva la ocupó Monseñor Harscouet de Chartres, Presidente y fundador de estos Congresos. No podemos detenernos en describir aquí las solemnísimas funciones religiosas, en las que tomaron parte miles de fieles entusiastas de María. Ni siquiera podemos enumerar los muchos y valiosos trabajos presentados, pues muchos de ellos, aunque todos versaban sobre el tema de la Asunción de María, se ceñían más bien a un plan de vulgarización de esta doctrina entre los fieles. Por fuerza nos hemos de